



Director: R. TABOADA STEGER

LEVE CONTACTO (Dibujo de Tovar).



— (Si de frente me volviera,
quizás la chica pudiera
de mis prendas admirarse.)
— (Sentado de esta manera
de poco puede enterarse.)

CAMISERÍA ROLDÁN

85, FUENCARRAL, 85

Casa especial en confección de ropa blanca, desde lo más modesto y económico á lo más elegante y de gran fantasía.

ROPA BLANCA

La de esta Casa se distingue por su confección esmerada y sus precios económicos.

CAMISAS CABALLERO

A la medida, de riquísima tela, con vistas de hilo, pechera de tablas, de piqué ó lisa, y corte especial, con refuerzos é iniciales bordadas; *tres por 18 pesetas.*

PARA CRISTIANAR

Gran colección en elegantes vestiduras; hay juegos de faldón y esclavina con bordado, desde *10 pesetas*, y ropita para niños de todas edades, á mitad de su precio.

CASA ROLDAN

85, FUENCARRAL, 85

PRECIOS FIJOS, MARCADOS EN TODOS LOS ARTÍCULOS

Madrid 5 de Agosto de 1900.



Los comerciantes y muchos particulares de Santander, han firmado un documento en el que suplican al ministro de la Gobernación, que haga en favor del Casino del Sardinero las mismas concesiones que desde su fundación viene disfrutando el de San Sebastián.

Pero el Sr. Dato, que sin duda alguna desde la capital donostiarra nos estará preparando algún nuevo y sorprendente parto de su agudo ingenio, *se hace el sueco* en este asunto y no accede á la justa petición de los santanderinos, que no se explican, y con razón, por qué endiablada y desconocida *regla de tres* pueden concederse á unos los privilegios que á otros se niegan, tratándose, como se trata, de regiones pertenecientes á la misma nación, y que por ende deben estar sometidas á iguales leyes y á idénticos códigos.

En esto, como en todo, el Gobierno silvelista da una prueba plena de que no tiene criterio fijo para nada y de que procede siempre caprichosamente, sin importársele un pito el efecto que sus resoluciones puedan producir.

Porque, una de dos: lo concedido al Casino de San Sebastián, ¿es legal ó no?

¿Lo es? Entonces no hay razón para prohibir en Santander lo que en Guipúzcoa se tolera.

¿No lo es? Pues ni en Guipúzcoa, ni en Santander, ni en ninguna otra localidad debe consentirse; la ley debe ser única y la misma para todos, sin excepciones ni distingos de ninguna clase.

Proceder de otro modo es una injusticia tremenda; hacer determinadas excepciones, es una desigualdad irritante.

Supongamos por un momento, señor ministro, que un padre tiene dos hijas, ambas igualmente hermosas, afables, discretas é instruidas.

La primera se ve constantemente cortejada por una turba de adoradores, en la que figuran mozos de la más alta alcurnia, bizarros generales, acaudalados propietarios, ilustres personajes, etc., etc.: la segunda, si bien tiene muchos pretendientes, son éstos de menor categoría que los de su hermana (nada de testas coronadas, embajadores ni ministros); la primera, siempre fué feliz, disfrutó de sana salud y gustó los favores de la fortuna; la segunda, por el contrario, fué desgraciada, padeció enfermedades, se le quemó todo el ajuar y sufrió calamidades sin cuento.

Pues bien: ¿qué diría V. E. si el padre en cuestión, haciendo todo lo contrario de lo que la razón, la lógica y los sentimientos humanitarios aconsejan, le presentara nuevos y bien encumbrados adoradores á la primera de sus hijas, le comprara ricas joyas, le hiciera magníficos vestidos y le diera de comer los mejores manjares, mientras que á la segunda, infeliz, no la permitiera *tener novio*, la llevara descalza, vestida de harapos y no la diera de comer más que pan y cebolla?

¡Que era un padre desnaturalizado! ¿Verdad?

Pues aplique V. E. el cuento y no olvide que para un padre todos los hijos deben ser exactamente iguales.

Y que nada hay tan odioso como un privilegio injusto.

Falleció en Córdoba el gran torero *Lagartijo*, que se lleva con él al sepulcro la mitad justa de la representación genuina del toreo *de verdad*, y digo la mitad, porque la otra restante se la había llevado ya al mismo destino el inmenso é inolvidable *Frasquito*.

La muerte del popular y aplaudido diestro cordobés, es más de sentir, porque si el torero era de *tamaño natural*, el hombre era de *tamaño sobrenatural*, que, como comprenderán ustedes, es muchísimo mayor. El, que tenía un corazón muy grande delante de los toros, le tenía como un piñón delante de cualquier desgracia ajena, y así resultaba que el diestro que con el capote al brazo no conoció rival, tampoco tuvo competidor cuando con el pañuelo en la mano se trataba de enjugar lágrimas con él ó de sacar de su fondo las relucientes monedas que proporcionaban infinitas alegrías.

Al llanto de la afición se unirá el de todos los menesterosos de Córdoba para lamentar la pérdida de *Don Rafaé*. Todos nos hemos conmovido profundamente. Sólo el ministro de la Gobernación continuará impertérrito en San Sebastián, inventando novelas cursis y catequizando periodistas cándidos, que, cual tiernasavecillas, se presten á *ilustrarle* las correspondientes entregas.

* * *

Y ya que hemos hablado de toreo, voy á *desembuchar* una observación que hace tiempo tengo hecha y que no quiero que se me quede en el cuerpo, por temor á que se me indigeste.

Aquí, donde se anuncia la aparición de un libro de Galdós, Pereda ó Valera con una gacetilla de cuatro renglones, y el estreno de un drama de Echegaray ó Sellés con otra de pocas más, ¿por qué se llenan en los diarios columnas enteras para describir la faena del *Zocato* y se escriben sendos artículos para demostrar que el *Carasucia alza* muy bien los brazos cuando

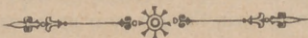
banderillea ó que el *Meorrón* pica más que un su homónimo de la Rioja?

Aunque bien mirado, lo *uno* bien puede ser natural consecuencia de lo *otro*.

O mejor dicho, lo *otro* consecuencia de lo *uno*.

Y así vivimos tan guapamente.

JAVIER LUCEÑO.



LA MEJOR SALSA

I

Grupo de casitas blancas
oculto se halla entre riscos,
cual bandada de palomas
que allí formaran su nido.
Verdes y espesos castaños
sombra dan al caserío,
y aspírase el grato aroma
de los almendros floridos.
Llega del cercano monte
olor de espliego y tomillo,
y al pie de aquellas montañas
corre el caudaloso Miño.
Las casitas de la aldea
no son del arte prodigio,
pero mejor que en palacios
viven sus dueños tranquilos.
Ya tras los montes huyeron
los fulgores vespertinos,
y á recogerse en la fronda
vuelven ya los pajarillos.

A sus honrados hogares
tórnanse los campesinos,
á dar descanso á sus cuerpos,
por el trabajo rendidos.
Para recibir al padre
corren todos los chiquillos,
aunque los más pequeñuelos
quedan en casa dormidos.
Por las negras chimeneas
sale el humo fugitivo
que del hogar se desprende
de los leños encendidos.
Ya la cena preparada
tienen todos los vecinos,
y todos en sus viviendas
dan á la cena principio.
Como la noche es hermosa,
que al fin es noche de estío,
para buscar fresco ambiente
escogen el mejor sitio.
A la puerta de su casa

se halla cenando Pedriño
con su viejecita madre,
con su esposa y con sus hijos.

II

Al volver de su paseo,
pasaba por el camino
el que llamarse pudiera
señor de aquellos dominios.
Notábase en su semblante
algo extraño y repulsivo,
y nunca extendió su mano
por socorrer al mendigo.
El corazón de aquel hombre
movió solo el egoísmo,
y nunca en él tuvo a albergue
ningún sentimiento digno.
Jamás á impulso amoroso
sintió los fuertes latidos;
con el caudal de su esposa
aumentar el suyo quiso.
Los sencillos aldeanos
huyen de él despavoridos,
como á la vista del lobo
huyen mansos corderillos.

III

Viéndole Pedro pasar,
—Dios le acompañe — le dijo,
y el señor á tal saludo
respondió con tono arisco.
Y deteniendo sus pasos,

quedóse mirando fijo
el grupo aquel, que alumbraba
de la luna el claro brillo.

—¿Qué comes?

—Caldo, señor.

—Vaya un manjar exquisito.
¿Y está bueno?

—¡Ya lo creol...

Pruébelo, señor.

—Lo estimo.

Cuando te veo cenar
alimento tan sencillo,
quisiera yo preguntarte,
si es que aciertas á decirlo,
¿en qué consiste que tú
con tal placer has comido
y á mí me aburren y cansan
aun los manjares más ricos?
—Pues la razón es bien fácil.
¿No ve, señor, que es preciso
para la salud del cuerpo
el sosiego del espíritu?
Yo, señor, entre estas breñas
tengo todo á lo que aspiro:
una madre que me adora
con amor tierno y solícito;
tengo una mujer honrada
que me quiere con delirio,
y para aumentar mi gozo,
estos cuatro rapaciños.
Si yo sufro, sufren ellos;
ríen cuando yo me río,

y somos siete personas
 que con un alma vivimos.
 Usted podrá saber mucho
 que habrá estudiado en los li
 [bros,
 y en cambio, sólo nosotros

sabemos el catecismo.
 Para que tranquilo coma
 y le sepan bien los guisos,
 fáltale sólo una salsa...
 —¿Qué salsa?

—La del cariño.

JUAN REDONDO Y MENDUÑA.

ARTISTAS DEL PORVENIR



GERMÁN DE CÁSTRO

Primer premio del Conservatorio.

Contratado para la próxima temporada en el teatro de
 la Comedia.

LUCHA IMPOSIBLE

Puse en los tuyos mis labios
 presa de ardiente deseo,
 por ver si de amor la llama
 te infundía con un beso,
 y te hallé tan insensible,
 que en ti se apagó mi fuego.


teñían tu lindo rostro,
 mi amor surgió violento
 y quise resucitarte
 con abrasadores besos.

Siempre fría, mármol siem-
 [pre,

Te vi muerta entre blan-
 [dones
 que con pálidos reflejos

te han hallado mis deseos;
 ni al amor te despertaron,
 ni á la vida te volvieron.

RAMÓN LOBO.



SUEÑOS (I)

¡Quién no ha soñado alguna vez en su vida! ¡Quién sin razón que á ello le autorice no ha tenido esperanzas ilusorias, que luego ha deshecho el soplo helado de la realidad! ¡Quién no ha amado, ha odiado, ha perdonado en un solo instante á un ser hasta entonces desconocido, que acaso no ha puesto su atención en nosotros, que tal vez ignora nuestra misma existencia! Son locuras, son sueños, son delirios; pero delirios, sueños y locuras por los cuales todos hemos pasado.

Estamos en un teatro, por ejemplo. El salón está lleno de personas que en su mayoría no conocemos. La vista pasea indiferente de un lugar á otro. De pronto se detiene impresiona-

(1) De la novela en preparación *Fruto amargo*.

da. ¿Por qué? En el rojo fondo de un palco aparece una mujer. Es joven, es bonita, rubia ó morena, lo mismo da; pero ni más morena, ni más rubia, ni más bonita, ni más joven que otra cualquiera de las infinitas que hay en la sala.

No obstante, sin saber por qué, nos seduce, nos atrae, nos arrastra. Al fin ella advierte (así al menos lo suponemos), la admiración de que es objeto. Mira, sonríe. ¿A nosotros? Quizás sí, quizás no. ¡Quién lo sabe!

Sea como sea, ya no atendemos al escenario. Ya no escuchamos la obra, ya no tenemos ojos más que para adorar á nuestra bella desconocida, que de vez en cuando vuelve indolentemente la juvenil cabeza, tal vez á mirarnos, tal vez á contemplar cualquier otra cosa.

Sin embargo, nosotros nos apropiamos aquellas miradas y fabricamos una historia maravillosa. Acaso aquella beldad es una doncella purísima, cuyo espíritu, ansioso de amor, aguarda lleno de afán un ser tierno y delicado que satisfaga sus amorosas ansias. Quizás es una opulenta dama maltratada y oprimida por un marido tiránico y celoso, que espera un paladín que le liberte de su cautiverio. Tal vez es una mujer apasionada, ardorosa, entusiasta, que, despreciando las miserias de la vida, busca la felicidad en el amor, sin cuidarse del mundo.

Nosotros seremos sus amantes, sus héroes, sus poetas; nosotros saciaremos sus afanes; nosotros la libertaremos de su servidumbre; nosotros apagaremos su sed inextinguible de halagos y de caricias.

Ya es nuestra; ya la sentimos estremecerse en nuestros brazos; ya la escuchamos prorrumpir en ardientes frases de amor; ya percibimos sus labios de fuego apretarse contra los nuestros secos y febriles.

¿Qué importa el escándalo, el peligro, la muerte misma?

¡Vengan en buen hora á pedirnos cuentas el padre, el marido ó el amante! Para el primero guardamos las súplicas, para los segundos la vida. ¡La vida! Mil vidas que tuviéramos, ¿qué son en comparación de obtener el amor de aquella incomparable mujer?

Acaba el espectáculo. El público se dirige á la calle. Nosotros nos lanzamos al vestíbulo ansiosos de seguir á la desconocida.

Al fin baja envuelta en una elegantísima salida de teatro de raso y encajes blancos como la nieve. Parece una hada de la noche meciéndose en un jirón de plateadas nubes. La miramos con ansiedad esperando una sonrisa misteriosa, una mirada furtiva, una señal de inteligencia. ¡Ah, ingrata! Pasa por nuestro lado como si no nos conociera.

La indignación nos ciega. Quedamos un instante inmóviles. De súbito sentimos unos deseos salvajes de volverla á ver. Dando codazos llegamos á la calle en el momento en que sube á un magnífico carruaje tirado por dos briosos caballos. Volvemos á mirarla. ¡Nada! ¡Restalla el látigo! Los caballos arrancan. El coche vuela despidiendo fuego. Quedamos atónitos. Un sentimiento de rabia y desconsuelo se apodera de nosotros. Sentimos ganas de llorar, de maldecir, de renegar de todo. ¿Por qué motivo? ¿Con qué derecho? Por ninguno y sin ninguno. Es que hemos soñado despiertos, como sueña todo el mundo, aunque no todos tengan el valor de confesarlo; es que nuestro espíritu se había lanzado á las regiones luminosas del imaginario, y, al dar en tierra, se rebela contra la brutalidad de la caída; es que la realidad nos disparó sus proyectiles envenenados, é hiriéndonos en las serenas alas, nos precipitó desde las celestes alturas, donde tiene su alcázar transparente la poesía, al revuelto pantano de la prosa miserable de la existencia.

JOSÉ RUIZ CONEJO.

IIA 45 GRADOSII

(CARTA ABIERTA)

Mi querido director:
 yo no sé qué improvisar,
 porque hoy se siente un calor
 que excede al del *Ecuador*,
 y no ceso... de *sudar*.

—
 Insoportable es la vida.
 Madrid parece una *fragua*,
 y al trabajar, en seguida
 se vuelven *los sesos agua*
 y el cerebro *se liquida*.

—
 Si intenta la inspiración
 hacer versos «á una ingra-
 ta»],
derretido el corazón,
 la *ardiente* imaginación
 entona un himno á la *horchata*.

—
 A mi numen *aplanado*
 no se le ocurre una idea,
 porque se halla *aletargado*,
 y tan sólo le recrea

la sensación *del helado*.

—
 En las horas angustiosas
 me *baño* en *zarzaparrilla*,
 y me encantan deliciosas...
 las *bebidas gaseosas*
 de *grosella* y de *vainilla*.

—
 Mas los días *bochornosos*
 de un *ambiente tropical*
 para mí son horriblosos,
 pues me gasto un capital
 en *sorbetes* y *espumosos*.

—
Atmósfera tan cargante
 rinde mi ánimo y me *abruma*;
 sufro un *vahido* constante,
 y en mi cuarto, jadeante,
 con rabia tiro la pluma.

—
 Es un *volcán* mi razón;
 estoy siempre *acalorado*,
 presiento una *congestión*,

y el día menos pensado
me muero de *insolación*.

—
¡Qué calor! ¡No hay quien
resista]
¡Qué tarde, señor, qué tarde!
¡Qué *sefoco!* Dios me asista!
(Y me ha dicho un silvelista:
«¡Hoy está la cosa *que arde!*»)

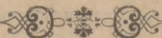
—
Veo que en aumento va
el *termómetro* maldito;
¡se ha puesto insufrible ya!
porque ahora se encuentra á la

temperatura del grifo.

—
Yo así no puedo vivir;
falta el *aire* á mis pulmones;
de *asfixia* voy á morir,
y las *moscas* y *moscones*
no me dejan escribir.

—
Hoy no acabo ¡voto á Marte!
tema triste ni grotesto.
¡Nada! Que abandono el *arte*
y me voy... ¡á cualquier parte
para ver si me *refresco!*

RAFAEL ABELLÁN.

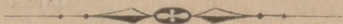


INSTANTÁNEAS

¿Quieres que te dé un con-
[sejo
bueno, barato y seguro?
Pues no te juntes con nadie
que pueda pedirte un duro.

Las tempestades del cielo
llanto de lluvia las calma...
¡sólo la muerte concluye
las tempestades del alma.

FERNANDO PIÑANA.



TEATROS

En Apolo sigue dando muy buenas entradas la nueva obra de los hermanos Alvarez Quintero, que por lo visto se han pasado al otro bando después de haber soltado los andadores en la *Zarzuela*.

Hacen bien; bastante trabajo les ha costado llegar á ser disputados por las empresas; con ó sin razón, el caso es que ahora es la suya y deben aprovecharla.

El estreno, si los mismos Quintero hace tres años lo hubiesen llevado á Apolo, la empresa les hubiese dado con *El estreno* en las narices, pareciéndole de asunto gastado y de tipos ídem; pero hoy, el día de la lectura no pusieron una charanga á la puerta por el bien parecer.

El público se contagia también de esta *influenza*, y cuando va á ver una obra de autores que dicen que son graciosos, se ríe tres cuartos de hora antes de empezar le representación.

Esto no quiere decir que *El estreno* no tenga gracia; sí, señor, es lo único que tiene; la música de Chapí no añadirá á su nombre páginas de gloria.

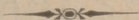
Los cómicos muy bien y muy... payasos.

El tren 22, estrenado el miércoles, no llegó al punto encajinado, y apenas pudo divisarle, cuando ya le presentó el público la bandera negra.

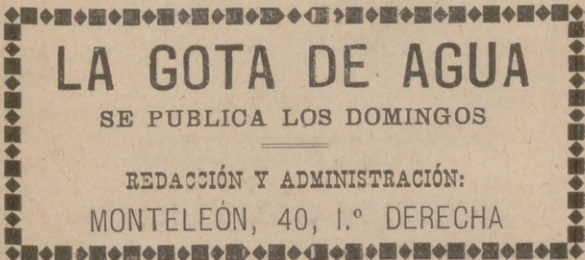
Los *Jardines* continúan más frescos que Silvela.

MAESE PEDRO.

A NUESTROS SUSCRIPTORES



Los señores suscriptores que salgan fuera de Madrid en la temporada de verano, podrán abonar adelantado el importe de suscripción del tiempo que estén ausentes al precio de Madrid, entregándolo al repartidor y participando el punto á donde se les ha de remitir el periódico.



LA GOTA DE AGUA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MONTELEÓN, 40, 1.º DERECHA

POLICARPO RUIZ

Jacometrezo, 15 (frente á la botica).

—x—

Almacén de tejidos.—Grandes surtidos en novedades para vestidos de señora en Alpacas, Lanas, Batistas bordadas y lisas, Céfiros, Percales y Satenes.

Camisería.—Camisas para vestir, casa y viaje, desde dos pesetas en adelante.

Esmero y economía en los encargos.

Confección de ropa blanca para señora.—Faldas y blusas. Se hacen á la medida en veinticuatro horas.

LUTOS.—GÉNEROS DE PUNTO

Depósito de telas blancas de hilo y algodón en todas clases y anchos.

POLICARPO RUIZ

JACOMETREZO, 15 (frente á la botica).